

León XIII y la vida política europea

Juan María LABOA

Resumen. León XIII se propuso recristianizar la sociedad y el mundo contemporáneo. Para conseguirlo, decidió entablar relaciones con los diferentes gobiernos. Estaba persuadido de que la libertad de la Iglesia y su posible influjo dependían no tanto de la política sino de la vitalidad de las asociaciones y obras católicas. Al mismo tiempo, la Secretaría de Estado decidió apelar a las masas católicas con el fin de mejorar la opinión pública europea en favor de la Santa Sede.

El Papa estaba convencido de que la situación política francesa y de los demás regímenes liberales era irreversible; pero, consideraba que su actitud antieclesiástica podía ser corregida. Para ello se esforzó por mejorar las relaciones con esos regímenes, comenzando por reconocer los resultados políticos de las revoluciones liberales.

Palabras clave: Siglo XIX, León XIII, asociaciones y obras católicas, regímenes liberales.

Abstract. Leo XIII proposed to re-Christianize society and the contemporary world. To achieve this aim, he decided to establish relations with the different countries. He was convinced that the freedom of the Church and its possible influence depended more on the vitality of Catholic associations and works than on politics. At the same time the Vatican State Secretariat decided to appeal to Catholics to help improve the European public opinion with regard to the Holy See.

The Pope was convinced that although the political situation in France and the other liberal regimes was irreversible, the anti-ecclesiastical attitude could still be corrected. To this aim, he strove to improve relations with these regimes, first of all by recognizing the political results of the liberal revolutions.

Keywords: 19th century, Leo XIII, Catholic associations and works, liberal regimes.

El siglo XIX resultó un período harto complicado y convulso para la Iglesia romana. Las frecuentes revoluciones y sus duras medidas de carácter generalmente antieclesiástico, las decisiones políticas unilaterales que acabaron con costumbres y formas de vida pluriseculares, la nacionalización de bienes de las diócesis y de los religiosos, la expulsión de los miembros de las congregaciones religiosas, el monopolio estatal de la enseñanza y tantas otras decisiones radicales en esta misma línea redujeron la presencia social de la Iglesia de manera drástica. Durante

más de un siglo la Iglesia atravesó el desierto de la incompreensión, de la marginación y de la descalificación.

Naturalmente, no se trató sólo ni fundamentalmente de cuestiones de prestigio o de dignidad sino, sobre todo, de capacidad de evangelización y de presencia eclesial en los diversos ámbitos de la sociedad, aunque es, precisamente, en este punto donde encontramos en el interior de la Iglesia la presencia de diversas ecle-siologías y de comprensiones diferentes sobre los diversos modos posibles de presencia evangélica y evangelizadora en una sociedad que había cambiado tan sustancialmente.

Por de pronto, el nuevo reino de Italia había anexionado y ocupado los Estados pontificios y de manera especial Roma, la ciudad imperial y, sobre todo, pontificia, reduciendo la soberanía del pontífice a un palacio, una basílica y unos jardines. ¿Podía dirigir en esas condiciones la Iglesia católica de manera apropiada? ¿Cómo podía y debía ejercer la autoridad pontificia en un mundo de estados y de imperios soberanos?

León XIII fue el primer papa que se enfrentó a la necesidad de desarrollar una política y una red de relaciones internacionales sin tener un estado, es decir, sin gozar de una adecuada soberanía. Esta situación condicionó de manera determinante su actuación¹.

1. *Un cónclave en sordina*

Pío IX murió venerado por buena parte de sus fieles, pero, al mismo tiempo, todos ellos fueron conscientes de la necesidad de cambiar el talante y el modo de gobierno imperante en la Iglesia durante más de tres decenios. De hecho, a su muerte, la Santa Sede mantenía unas relaciones pésimas con casi todos los gobiernos. En el cónclave, los embajadores de las potencias católicas pidieron a los cardenales la elección de un papa moderado, más dialogante y posibilista. Manning, arzobispo de Westminster, y Dechamps, arzobispo de Malinas, apoyaron en este sentido la elección del cardenal Pecci. Las motivaciones de unos y otros fueron generalmente más políticas que pastorales, aunque no cabe duda de que la situación política condicionaba las posibilidades pastorales.

El cardenal Pecci tenía sesenta y ocho años, era de constitución débil, no había participado en las decisiones del pontificado anterior, había tenido una juvenil

1. Roger AUBERT, *Leone XIII: tradizione e progresso*, en Elio GUERRIERO y Annibale ZAMBARBIERI, *Storia della Chiesa*, XXII/1: *La Chiesa e la società industriale (1878-1922)*, Edizione Pauline, Milano 1992. Cinisello Balsamo 1990.

experiencia diplomática y se había curtido en el trabajo pastoral de una diócesis pequeña. Es decir, tenía las condiciones suficientes para afrontar dignamente el cargo, y, por otra parte, su edad no hacía prever un pontificado prolongado. En el tercer escrutinio fue elegido sin una oposición importante.

La experiencia de su nunciatura en Bélgica le enseñó la importancia de la acción política y social de los católicos en la vida política de su país, y la necesidad de tener en cuenta el clima constitucional y parlamentario existente en cada nación.

Desde el primer momento su actividad tuvo como objetivo el defender los derechos de la Iglesia, oponiéndose con decisión a la imperante pretensión de laicizar la sociedad, que reducía las aspiraciones eclesiales al ámbito de las sacristías, es decir, a la pura interioridad de las conciencias, sin admitir la presencia y actuación social de la Iglesia. Ya en sus pastorales episcopales había rechazado la radical separación entre sociedad civil y sociedad religiosa, al tiempo que proponía modos de cooperación y de compenetración efectiva entre ambas.

También Pío IX se había opuesto a la laicización de la sociedad, pero desde el primer momento fue evidente que el talante de ambos papas era muy distinto. Ambos eran netamente conservadores en su formación doctrinal y en su visión global, ambos se opusieron con rotundidad a la posibilidad de un pontificado sin soberanía territorial, pero su estilo al afrontar los problemas y su capacidad de maniobra fue muy diverso.

Para comprender mejor la constante actitud leonina hay que tener en cuenta que el nuevo papa poseía una conciencia muy marcada de la autoridad pontificia en el ámbito de la sociedad civil, ciertamente superior a la de su antecesor, más centrado en los intereses internos eclesiales. León XIII tenía como modelo de personalidad y de actuación al pontífice medieval Inocencio III, quien había defendido la supremacía de la Iglesia en el campo político y social, y, de hecho, en la basílica de San Juan de Letrán, los sepulcros y las estatuas conmemorativas de ambos papas se encuentran situadas de modo paralelo por decisión suya. Consideraba que el pontífice romano era el árbitro natural entre las naciones y el gran artífice de la paz universal y, naturalmente, para lograrlo, necesitaba poder ejercer una política propia, ser territorialmente soberano, no estar sujeto a ninguna autoridad política ajena. Por esta razón, dio una importancia que podemos considerar sorprendente a la soberanía temporal y a ser considerado por reyes y presidentes de república como Jefe de Estado.

Pero, de hecho, tras el 20 de setiembre de 1870 la Santa Sede aunque era más libre, era también más débil, tanto en la consideración de los Estados como en la estimación propia de los eclesiásticos que conformaban la Curia romana.

Para completar el cuadro, conviene tener en cuenta la política ciegamente anticlerical de los gobiernos italianos. El gran historiador de la Italia unida, Carlo

A. Jemolo, nos recuerda la actuación de estos gobiernos, a menudo, sectaria y, desde luego, pasiva ante los desmanes anticlericales de grupos y partidos radicales². El macabro intento de arrojar al Tíber el cadáver de Pío IX cuando lo trasladaban del Vaticano a la basílica de san Lorenzo pareció colmar el vaso de la indignación pontificia. León XIII pensó seriamente en trasladarse a Austria o en su defecto a España. En realidad, ningún país deseaba esta solución que, de hecho, no era tal. Es decir, el papa, a pesar de su disgusto y contrariedad por la situación de Roma, se encontraba sin posibilidad real de cambiar su sede y sin apoyos reales para lograrlo, más allá de buenas y vanas palabras.

2. Una trampa difícil de saltar

El largo pontificado de León XIII fue rico en iniciativas prácticas y en diseños de ideas y proposiciones, con desigual fortuna en su puesta en práctica. Aunque en los estudios dedicados al tema sobresalen los aspectos políticos y sociales, León XIII, ciertamente, no fue un papa exclusivamente político, tal como aparece en este mismo número, pero no cabe duda de que fue en el campo político donde manifestó más y mejor sus logros y limitaciones.

Con Gregorio XVI y con Pío IX el catolicismo había quedado en gran parte entrampado en el campo monárquico y en la maraña de las ideas restauracionistas. Tanto los escritos de De Maistre como del primer Lamennais parecían haber marcado el terreno de juego: la Iglesia y el pontífice se identificaban con el talante y las pretensiones del Antiguo Régimen y rechazaban las revoluciones, en las que incluían el sistema representativo liberal. Por otra parte, las insidias de carbonarios y liberales contra los Estados de la Iglesia y la pretensión de los italianos de conseguir una patria común a costa del estado pontificio abonaban la idea de que las libertades y el sistema democrático dañaban los derechos de la Iglesia.

Buena parte de los católicos entró de lleno en este juego y la *Mirari Vos*, el *Syllabus* y las acusaciones incendiarias de Pío IX se convirtieron en la Biblia de la política conservadora. Carlistas, integristas, legitimistas y monárquicos absolutistas identificaron la religión con sus ideales políticos, arrastrándola con ellos a la esterilidad e ineficacia práctica de tales ideales. Pío IX murió aislado, dejando a la Iglesia en una situación imposible en cuanto a su ubicación en el mundo real se refiere. La cultura del catolicismo intransigente añoraba el pasado y mantenía tozudamente las posturas legitimistas. No pocos pensaban que sólo la política de «lo peor» daría ocasión a la Santa Sede a liberarse e imponer sus tesis, de forma que no apoyaban los

2. Arturo Carlo JEMOLO, *Chiesa e Stato in Italia negli ultimi cento anni*, Einaudi, Torino 1963.

gobiernos moderados con el objeto de que no se afianzasen, esperando así que una revolución radical podría dar paso al logro de la ansiada restauración.

Anímica y estructuralmente, León XIII tal vez iba espontáneamente en la misma onda, pero su prudencia y sentido común le hicieron reaccionar, de forma que, con el fin de conseguir el papel mediador e influyente, tan largamente ansiado, y la restauración de la soberanía pontificia, pretendió que los católicos abandonasen o marginasen sus legítimas preferencias políticas y aceptasen la situación política existente en sus respectivos países, animándolos a defender los intereses de la Iglesia desde el interior del sistema. Para conseguirlo debía contar con los obispos y con los laicos de los diversos países³. El laicado debía defender la Iglesia y sacrificar para ello sus ideas políticas, por tradicionales y amadas que fuesen. Allí donde fue posible, intentó movilizar a los católicos presentes en el parlamento y en otras instituciones sociales con el fin de que fuesen la vanguardia de la Iglesia militante. Esta idea en sí misma va a resultar decisiva en el catolicismo posterior, a través de una actuación intensiva en las diversas Iglesias que fomentará y dirigirá la acción capilar de los católicos en todos los ámbitos de la sociedad, pero, en realidad, en aquel momento se les exigía que renunciasen a cuanto se les había enseñado durante todo el siglo XIX, y buena parte de clérigos y laicos no se mostraron dispuestos a seguirle.

3. Una política a lo grande

La íntima ambición de León XIII fue la de relanzar el pontificado político. Para ello debía restablecer el dominio temporal y realizar una política mundial del papado que asignase al pontificado un rol de primer plano en el tablero europeo e internacional.

Al ser elegido, encontró en la Secretaría de Estado, el órgano pontificio de la política exterior, una docena de adeptos, y una organización defectuosa, demasiado poco para una política tan ambiciosa. Su concepción autoritaria del papado tuvo consecuencias en todos los campos. Decidió dirigir personalmente la política exterior y así lo hizo, sobre todo en los primeros años. Los cardenales Franchi, Nina, Jacobini, primeros secretarios de estado, no ejercieron una relevante intervención personal, pero siguieron fielmente las directrices pontificias, que aspiraban «a que el papado saliese de la vía muerta de la abstención y de la pasiva espera de los acontecimientos, consiguiendo su legítima influencia en la vida de las naciones»⁴.

3. Livio ROTA, *Le nomine vescovili e cardinalizie in Francia alla fine del sec. XIX*, *Facultas Historiae Ecclesiasticae in Pontificia Universitate Gregoriana* («Miscellanea historiae pontificiae»), Roma 1996.

4. Arch. Min. A.E. de Paris. «Roma». vol. 1.064, 29 setiembre 1878.

Rampolla del Tindaro, elegido tras prolongadas dudas y consideraciones, irá adquiriendo relieve y autonomía a medida que avanzaba la edad del pontífice. Con Rampolla, el secretario de estado pasó de las funciones tradicionales de ministro de la policía y «capufficio» de las relaciones con las naciones, a mente creativa de una política internacional. Él creó un grupo de políticos-diplomáticos vaticanos activos, a través de las mediaciones de todo género, la actividad misionera y las relaciones entre los gobiernos y la parte católica de sus pueblos. En 1885, con motivo de un artículo de Nocedal contra lo que consideraba intromisiones del nuncio en política y actitud prepotente ante los obispos, la Santa Sede distribuyó una nota en la que afirmaba que los nuncios no eran sólo representantes del papa ante los gobiernos, sino, también, órganos naturales de la Santa Sede ante los fieles y ante los obispos, es decir, se anunciaba sin ambages una acción cada día más directa en la vida diaria de los católicos y de las Iglesias.

Al menos entre 1878 y 1890 León XIII contó con un gabinete personal compuesto por sacerdotes de su total confianza que, al margen de secretaría de Estado o de otros organismos propios de la Curia, mantuvieron contactos con cuantos consideraron conveniente y tomaron decisiones. Este grupo, no siempre bien visto por la administración ordinaria de la Santa Sede, demostraba la desconfianza duradera de León XIII por buena parte de los miembros de su Curia y, al mismo tiempo, sus maneras personales de gobierno⁵.

En realidad, el campo de juego de la política exterior del papa era restringido y casi siempre conflictivo. Por una parte se encontraban el laicismo y el radicalismo de la Tercera República francesa, el protestantismo prusiano, relanzado por Bismarck como base del Imperio alemán, Austria católica, pero en declive, la Inglaterra reformada y la Rusia cismática. Por otra, pequeños países como España, Portugal y Bélgica, más fieles en su catolicismo, pero en manos de una política irregular y no siempre fiable. La América hispana y portuguesa sufría la esquizofrenia de pueblos sentidamente católicos y unos gobernantes que, a menudo, se consideraban exponentes privilegiados de un positivismo importado y fuertemente anticlerical. Rodeando el palacio pontificio, por su parte, la política italiana, siempre dispuesta a impedir por todos los medios las veleidades territoriales pontificias. En realidad, en el ámbito de los intereses estrictamente políticos de la Santa Sede sólo contaban Alemania, Francia, Italia y, en cierto sentido, Austria.

5. Claude PRUDHOMME, *Léon XIII et la Curie romaine*, en VV.AA., *Rerum novarum: écriture, contenu et réception d'une encyclique: actes du colloque international organisé par l'Ecole française de Rome et le Greco n. 2 du CNRS (Rome, 18-20 avril 1991)*, Ecole française de Rome, Roma 1997, pp. 29-48.

4. *La herida del Kulturkampf*

Los países germánicos han resultado, a menudo, un territorio problemático y conflictivo para la Santa Sede, pero no se puede dudar de la importancia y la aportación histórica del catolicismo alemán. La proclamación del Imperio alemán en 1870 bajo la égida de la luterana Prusia tuvo importantes consecuencias negativas para el desarrollo del catolicismo centroeuropeo, sobre todo a causa de la política del autoritario canciller Bismarck. Este, movido por su persuasión de que el catolicismo, sobre todo tras el Vaticano I, podría resultar una fuerza disgregadora en un imperio poco cohesionado, decidió favorecer el luteranismo e imponer su voluntad en la Iglesia católica alemana, aligerando y dificultando sus relaciones con Roma y castigando implacablemente a quienes se le opusiesen. Las medidas fueron drásticas y ciertamente poco acordes con un mínimo espíritu democrático y los resultados muy dañinos para la vida eclesial católica⁶.

Los católicos alemanes opusieron una tenaz resistencia; los obispos y algunas congregaciones religiosas fueron, con frecuencia desterrados; las parroquias y, sobre todo, los centros de enseñanza perdieron muchas de sus capacidades de actuación. Los católicos robustecieron su espíritu de cuerpo y el partido Zentrum, que los agrupaba, constituyó en el parlamento alemán la oposición más organizada a la política del canciller. A Pío IX no le quedó mucha capacidad de actuación, pero tampoco la utilizó. La situación eclesial quedó seriamente dañada durante muchos años y la cultura católica alemana sufrirá sus consecuencias hasta bien entrado el siglo XX.

Por otra parte, la «herida» de Porta Pia había dejado aislada a la Santa Sede. León XIII pensaba que sólo reanudando buenas relaciones con la potente Alemania podría restablecer una situación satisfactoria y, de hecho, apenas elegido, envió mensajes de salutación y buenos deseos a los dirigentes alemán, francés y ruso, dando a entender un nuevo talante y la defensa de unos intereses definidos.

En realidad, en los años ochenta, la política alemana del papa tuvo como objetivo recuperar el poder temporal, lo cual sólo era posible si se conseguía debilitar y doblegar de alguna manera a Italia. Pero, en 1882 se firmó la Triple Alianza entre Austria, Italia y Alemania y la Santa Sede fue muy consciente del consiguiente reforzamiento de la postura italiana⁷. Sólo si se conseguía el apoyo de Alemania y de Austria sería posible que Italia aceptara un acomodo con el papa.

6. Georges GOYAU, *Bismarck et l'Elise. Le kulturkampf*, Perrin, Paris 1911/1913, 4 vols.

7. Carlo MORANDI, *La politica estera dell'Italia. Da Porta Pia all'età giolittiana*, Le Monnier, Florencia 1972.

Esta operación de acercamiento a Alemania, que condujo a la desaparición del «Kulturkampf» en mayo de 1887, fue obstaculizado por París, por el partido «Zentrum», por el partido filofrancés del Vaticano y por los intransigentes italianos⁸.

En efecto, el gobierno francés, que compaginaba su anticlericalismo activo con el deseo de mantener un papel preponderante en las misiones católicas, fue consciente de que un acercamiento de Berlín al Vaticano reforzaba a la Santa Sede, por lo que opuso todos los inconvenientes posibles. Los dirigentes del «Zentrum» consideraban que la política alemana debía ser decidida por ellos y no por Roma, de forma que su benemérito dirigente Windhorst contrarió cuanto pudo la política pacificadora del papa. El «intransigentismo» italiano se opuso con todas las armas a quienes buscaban un acomodo de la Santa Sede con Bismarck, convencido de que el triunfo de esta política desembocaba en el triunfo de las tesis conciliaristas. Por su parte, en Secretaría de Estado se produjo una confrontación sin evasivas entre los filoalemanes, dirigidos por mons. Galimberti, y los filofranceses, cuyo principal exponente era mons. Rampolla.

En 1885, en plena controversia entre España y Alemania sobre la soberanía de las islas Carolinas, Bismarck, consciente de la satisfacción que iba a provocar en León XIII, pidió su mediación. El papa afirmó la soberanía de España, pero reconoció a Alemania el derecho a utilizar sus puertos⁹. La firma del acuerdo en el palacio Vaticano subrayó el rol internacional de la Santa Sede y disparó las esperanzas del pontífice. En 1887 se discutió en el parlamento prusiano el fin de las leyes anticatólicas y aunque no todas desaparecieron se mitigó en gran parte sus efectos negativos. Al celebrarse con toda solemnidad los noventa años del emperador Guillermo I, León XIII envió a Galimberti, nuncio en Viena, como su enviado personal. Éste llevaba el encargo de discutir con el canciller los siguientes puntos: el nombramiento de un representante pontificio en Berlín, objetivo muy deseado por el papa; sonsacar el apoyo que Bismarck estaba dispuesto a dar al restablecimiento del papa en un estado propio, razón última de la política leonina; el diálogo sobre el papel que el papa podía ejercer en el tablero europeo y, finalmente, sopesar la posibilidad de que el papa mediara en el contencioso de Alsacia-Lorena.

En una larga y bastante franca conversación, Bismarck indicó: «Comprendo que sin territorio no existe verdadera independencia, no existe soberanía real, pero “chaque jour a son travail”»¹⁰. En realidad, el canciller consiguió mantener la ilu-

8. Luciano TRINCIA, *Il nucleo tedesco. Vaticano e Triplece Alleanza nei dispacci del nunzio a Vienna Luigi Galimberti 1887-1892*, Morcelliana, Brescia 2001.

9. Jean-Marc TICCHI, *Bons offices, mediations, arbitrages dans l'activité diplomatique du Saint-Siège de Leon XIII a Benoit XV*, Université de Paris-X-Nanterre, Paris 1997, vol. I, pp. 73-135.

10. Crispolto CRISPOLTI-Guido AURELI, *La politica di Leone XIII da Luigi Galimberti a Mariano Rampolla*, Bontenpelli, Roma 1912, pp. 133s.

sión de León XIII sin comprometerse. Pareció, por otra parte, que este posible acuerdo podría favorecer las tesis conciliaristas con Italia, propugnadas por un grupo consistente pero no mayoritario del clero romano. Sin embargo, resultaba cada día más claro que esta situación, que no había logrado frutos apreciables con el paso de los años, no podía durar indefinidamente porque el papa tenía muchos años y los adversarios de Alemania eran numerosos y poderosos.

El 1 de marzo de 1887 comenzó a circular en Roma el panfleto «Le Pape et l'Allemagne», que atacaba con virulencia la política que León XIII estaba manteniendo con este país. Contraponía a Francia, defensora del depósito de la fe, con la luterana Alemania. Al tratar de los curiales romanos, llegaba a afirmar que «se trataba del catolicismo italiano, siempre dispuesto a acomodarse con la herejía». Este libelo formaba parte de una sistemática descalificación de los germanófilos, especialmente agresiva tras la muerte del secretario de estado cardenal Jacobini, pero, obviamente, tenía en su punto de mira al mismo pontífice. El gobierno francés, los obispos franceses y el mismo Lavignerie rechazaron la posibilidad del nombramiento de mons. Galimberti como secretario de estado, medida que el papa estaba sopesando muy seriamente. Durante este interregno visitó Italia y se entrevistó con el papa el nuevo emperador alemán. La audiencia no dejó buen sabor de boca y el papa se desilusionó definitivamente. Tras tres meses de cábalas e intrigas, en junio fue nombrado Rampolla, nombramiento que acabó con las esperanzas de los conciliaristas italianos y dio paso a un apreciable cambio de rumbo en la política exterior vaticana¹¹. El mismo Crispi, primer ministro italiano, habló de una maniobra francesa en la que estaría implicado el cardenal Lavignerie¹². En realidad, la política anticlerical de Crispi favoreció el deseo de no pocos curiales de llegar a un acuerdo con la Francia republicana y anticlerical, pero siempre católica.

Esta nueva política vaticana se propuso aislar Italia y conseguir una relación directa entre Francia y el Vaticano, con la esperanza de que de esta forma la Santa Sede adquiriría un protagonismo que no había logrado con su aproximación a Alemania.

5. «La hija predilecta»

Los republicanos laicos franceses que alcanzaron el poder al inicio de los ochenta, muy marcados por el positivismo, el cientismo y el evolucionismo, poseían

11. Pietro SIMPOLI DI GIUNTA, *Il cardinale Mariano Rampolla del Tindaro*, Poliglota Vaticana, Roma 1923.

12. Xavier DE MONTCLOS, *Le toast d'Alger. Documents 1890-1891*, Éditions E. de Boccard, Paris 1966, p. 39.

una concepción de la vida y del mundo fundamentalmente hostil al catolicismo, religión contemplada como contraria a las libertades y las tradiciones republicanas. En su programa de acción sobresalían la reforma de la enseñanza, la expulsión de los religiosos y una serie de medidas que favorecían la secularización de la sociedad.

Los católicos, por su parte, identificaban con frecuencia revolución con república, se sentían identificados con la monarquía y con las tradiciones que tan íntimamente la relacionaban con los ideales eclesiásticos, y estaban dispuestos a luchar por restablecerla.

León XIII era consciente de la solidez de la república francesa y de que era necesario llegar a un acuerdo con ella, convencido de que de esta manera los republicanos más radicales quedarían aislados. Por esta razón, a pesar de que desde 1880 a 1886 se multiplicaron las medidas gubernativas contra la Iglesia el papa permaneció silencioso, con gran escándalo de los intransigentes.

La política del «ralliement», es decir, de la aceptación de la República por parte de los católicos, al tiempo que se les animaba a eliminar de su legislación el espíritu de laicismo hostil a la Iglesia, constituyó una de las apuestas más valientes de este pontificado, aunque hay que admitir que sus resultados no respondieron a sus expectativas, dada la oposición encarnizada de unos y otros¹³.

Desde el primer momento, los documentos de León XIII delinearon una nueva actitud ante las modernas realidades políticosociales. La encíclica *Humanus generis*, contra la masonería y las sectas hostiles a la Iglesia, insistía en la necesidad de preservar la influencia de la Iglesia en la sociedad frente a los intentos laicistas y anticlericales e invitaba a los católicos a reforzar sus organizaciones y asociaciones con el fin de ser más activos y más eficaces. La *Nobilissima gallorum gens* (1884) señalaba que la paz religiosa en Francia estaba gravemente comprometida, exhortaba al episcopado a que velara por la educación de la juventud e invitaba a los franceses a abandonar la hostilidad contra la República, recordando la necesidad de establecer la concordia entre el poder religioso y el civil. En la *Immortale Dei* (1885) León XIII recordaba que la Iglesia aceptaba cualquier gobierno que se orientase al bien común y señalaba los principios doctrinales de una reconciliación entre la Iglesia y el Estado. En la encíclica *Libertas* (1888) afirmaba que era «una calumnia vana y sin fundamento pretender que la Iglesia mira con antipatía las formas más modernas de los sistemas políticos y rechaza en bloque todos los logros del genio contemporáneo». En la *Au milieu des sollicitudes* (1892) desarrollaba sus ideas sobre el «ralliement» e invitaba a superar las diferencias políticas con el fin de conseguir la pacificación de la patria. León XIII rechazaba la objeción de que la

13. Giuseppe IGNESTI, *Francia e Santa Sede tra Pio IX e Leone XIII*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma 1988.

República era anticristiana, distinguiendo entre los poderes constituidos y la legislación. Bajo un régimen excelente, la legislación puede ser detestable y recíprocamente. Las gentes de bien debían luchar por los medios legales contra los abusos de la legislación.

Los mensajes eran nítidos y así lo percibían tanto los republicanos como los católicos, aunque ni unos ni otros parecían dispuestos a cambiar su talante y sus objetivos políticos. Por el contrario, el papa hizo todo lo posible para que nada irremediable se interpusiera entre París y Roma, convencido de que en tal caso la situación de la Iglesia francesa resultaría dramática.

La puesta en práctica más clamorosa de esta decisión fue el llamado «brindis de Argel», palabras del cardenal Lavignerie al final de un banquete en las que optaba por el reconocimiento sincero del régimen republicano. Su eco resultó estruendoso y escandaloso, pero no fue acogido ni por los obispos ni por el clero ni por los católicos legitimistas, quienes, a menudo, deseaban envenenar las relaciones entre ambas instituciones, convencidos de que la situación de ruptura favorecía su opción. De hecho, en el mismo año 1892, año de elecciones, los católicos franceses no consiguieron ponerse de acuerdo ni en el programa, ni en la táctica electoral, ni en su adhesión a la república, de forma que su fracaso resultó cantado.

Roma, sin embargo, mantuvo su política. Esta opción decidida por Francia supuso el fortalecimiento definitivo de la figura y de la política de Rampolla¹⁴. Este pretendió aliar a Francia con Austria, países importantes en la historia del catolicismo, consciente de que para conseguirlo Austria tenía que separarse de la Triple Alianza, con el efecto añadido y deseado de que Italia quedaba aislada. De esta forma ambos países católicos estarían en disposición de forzar a Italia a solucionar la cuestión romana. Mons. Galiberti, con indudable sentido común, veía esto imposible, no confiaba en Francia y sí en Prusia, cuyo régimen era más conservador y podía responder mejor a las expectativas de la Santa Sede. Para un autor francés, Galiberti significaba «el adulterio de la Santa Sede con Prusia», pero en realidad la postura de Rampolla parecía no tener tanto en cuenta ni la postura real de Francia ni la de Austria.

La decisión de León XIII no se debía sólo a una actitud posibilista en el tema de la soberanía pontificia, aunque la obsesión por este tema constituyó, probablemente, su mayor debilidad, sino, también, al convencimiento de que debían unirse los ciudadanos creyentes y no creyentes, al margen de las querellas religiosas, con el fin de consolidar un gobierno conservador frente a los partidos subversivos que amenazaban la sociedad. León XIII reconducía así el problema de las re-

14. Crispolti CRISPOLTI-Guido AURELI, *La politica di Leone XIII*, cit., p. 562.

laciones de la Iglesia con la sociedad moderna, abandonando la tesis como única postura posible y proponiendo la hipótesis como campo real en el que la Iglesia podía actuar y ser admitida por muchos ciudadanos incluso no católicos, dada la situación social existente. Además, la política del papa llevaba a la Iglesia a preocuparse más por la suerte de la clase obrera dando ocasión a un intenso apostolado social que rejuvenecerá a la Iglesia y le implicará en otros intereses y otros problemas más populares.

El problema de fondo era que tanto Gregorio XVI como, sobre todo, Pío IX habían rechazado frontalmente esta solución y la mayoría de los católicos había crecido y había sido formada en esta actitud numantina, por lo que les resultó, de hecho, imposible comprender y acoger la nueva política. De hecho, años más tarde, su sucesor condenó el movimiento «Le Sillon» y toleró con más simpatía «L'Action Française», demostrando con nitidez que el verdadero problema de fondo no era tanto aceptar una forma de gobierno u otra, sino aceptar el sistema de libertades propia del régimen democrático. A estas causas habría que añadir otras circunstancias dignas de tenerse en cuenta: el sentimiento antijudío presente en no pocos católicos, tal como se manifestó en el caso Dreiffus, y los nacionalismos emergentes en naciones católicas, que complicaron, a menudo, la situación, como el caso de Croacia en el imperio austriaco y el de Polonia en las relaciones con Alemania.

A menudo, dio también la impresión de que tanto el papa como, sobre todo, los franceses que le siguieron cambiaron de táctica, pero no tanto de sentimientos. Es verdad, por otra parte, que los republicanos franceses adolecían de un concepto de democracia bastante mísero al imponer sus fobias y su ideología a una sociedad más plural de lo que su política representaba, aunque la zigzagueante actitud de los católicos no hizo sino acrecentar sus sospechas, tal como aparece en la observación de Ferry de 1891: «La evolución actual del clero puede convertirse en una máquina de guerra más peligrosa para la República».

En cualquier caso, tanto en Alemania como en Francia, España o Bélgica, las intervenciones del papa incidían plenamente en el campo político. ¿Debían los católicos obedecerle? Es verdad que el objetivo de su actuación era el de la libertad de la acción eclesial en cada país, pero, en general, los católicos subrayaron más su autonomía en el campo político-social que su deber de obediencia. León XIII, en algunos de sus escritos, extendió los límites de su magisterio sobre los fieles y, más tarde, Pío X lo subrayará en su encíclica *Vehementer nos* (1905)¹⁵.

15. Adrien DANSETTE, *Histoire religieuse de la France contemporaine: l'Eglise catholique dans la mêlée politique et sociale*, Flammarion, Paris 1965, p. 439.

6. España

Los católicos españoles permanecieron divididos entre dinásticos y carlistas a lo largo del siglo y esta división enfrentó al clero con sus obispos, envenenó la vida de la prensa confesional y limitó gravemente la proyección pública de los católicos. Los integristas pensaban que no se podía admitir ningún tipo de transacción con la política liberal y desencadenaron una violenta polémica religiosa, con el convencimiento de que esta conducta era la única fiel a la trazada por Pío IX y el Vaticano I¹⁶.

León XIII fue consciente de la debilidad de la Iglesia española e insistió en la necesidad de restablecer la unidad de los católicos bajo la dirección de la jerarquía. El 8 de diciembre de 1882 firmó la encíclica *Cum multa* dirigida a los obispos españoles. Consciente de que las pasiones de partido habían roto la unidad y de que los que defendían la causa católica no hacían caso a los obispos, insistía en que la obediencia a la autoridad era el fundamento de la concordia eclesial. Era urgente que los católicos y, especialmente el clero, se sometieran a sus obispos y desarrollaran una acción común. Los diversos pareceres políticos no podían desembocar en rivalidades y divisiones sino que debían ser integrados en el bien superior de la Iglesia.

En realidad, los enfrentamientos persistieron en una sociedad en la que los integristas se consideraban íntegramente católicos y atacaban sin piedad a la constitución de 1878, a la dinastía de los borbones y a cuantos —entre ellos, buena parte de los obispos, pero no todos— aceptaban el régimen de la Restauración. Todos aceptaban en teoría la autoridad pontificia, pero en realidad no acataban sus recomendaciones, que iban en la misma línea de las dirigidas a Francia.

7. Bélgica, Italia

En 1879, el ministro liberal Orban presentó una ley en defensa de una escuela absolutamente laica, política que desembocó en la ruptura de relaciones con la Santa Sede. León XIII, desde el primer momento, pidió a los obispos una actitud más conciliadora, pero no fue atendido ni siquiera por los obispos, dirigidos por el cardenal Deschamps. En 1884 ganaron las elecciones los católicos, que se mantuvieron en el poder durante treinta años.

En Italia, por su parte, se mantuvo el principio de «ni electores ni elegidos», para señalar el rechazo de la incorporación de los Estados pontificios en el nuevo

16. Cristóbal ROBLES, *La «Cum Multa» de León XIII y el movimiento católico en España (1882-1884)*, en «Hispania Sacra» 39 (1987) 297-348.

reino. Naturalmente, esta decisión tenía como consecuencia no deseada la de prescindir de uno de los cauces más importantes de influjo en la sociedad. Desde nuestra perspectiva actual, somos conscientes de que fue con Italia con el único Estado con el que el papa no demostró su tradicional flexibilidad.

8. Consideraciones finales

En la *Inscrutabili Dei consilio* (1878) León XIII propuso como objetivo de su magisterio recristianizar la sociedad y el mundo contemporáneo. Para conseguirlo, se propuso entablar unas relaciones correctas, al menos, sino amigables con los diferentes gobiernos, al tiempo que señaló su convencimiento de que la libertad de la Iglesia y su posible influjo dependían no tanto de la política sino, fundamentalmente, de la vitalidad de las asociaciones y obras católicas.

En la misma línea, en los años noventa, la Secretaría de Estado, convencida de que la solución a sus problemas, no vendría de los tronos, decidió apelar a las masas católicas con el fin de crear en la opinión pública europea un movimiento colectivo en favor de la Santa Sede con la finalidad de aumentar su prestigio y ampliar su capacidad de acción¹⁷.

Por otra parte, el papa estaba convencido de que la situación política existente en Francia y, en general, en los regímenes liberales, era irreversible, pero consideraba que su actitud antieclesiástica podía ser corregida y para ello se esforzó por mejorar las deterioradas relaciones establecidas durante el pontificado de su predecesor, comenzando por reconocer los resultados políticos de las revoluciones liberales.

Para el pontífice, la lucha entablada por organizaciones y gobiernos contra el estatuto público de la Iglesia era una lucha contra la fe en Cristo. Por el contrario, consideraba que el reconocimiento de que la autoridad eclesial era socialmente útil para la estabilidad del orden civil constituía un reconocimiento de la labor educacional, formativa y religiosa de la Iglesia y de su autoridad moral. Invirtió buena parte de su acción política en el objetivo de lograr este reconocimiento. Por su parte, la invitación constante a la acción política y social de los católicos llevó al nacimiento de partidos políticos y a una actividad extraordinariamente rica de movimientos sociales.

El límite de tal actividad fue el talante integrista y legitimista de buena parte de estos católicos. Los católicos franceses, así como el periódico *La Croix*, mu-

17. Luciano TRINCIA, *Il nucleo tedesco*, cit., pp. 185-200.

chas órdenes religiosas y una parte significativa del episcopado, sostuvieron a Chambord, al reaccionario Boulanger, a Maurras. En España, el clero y la prensa católica, especialmente *El Siglo Futuro*, fueron eminentemente integristas. En aquel tiempo, no era posible pacificar la patria y las Iglesias locales sin superar las diferencias políticas, y los católicos no fueron capaces de lograrlo. El fracaso de la política pontificia se debió en gran parte a esta situación, a su vez, deudora de un prolongado adoctrinamiento por parte de los dos pontífices anteriores.

La política de León XIII, sin embargo, resultó un fracaso productivo y liberador. Ni en Francia ni en España tuvo el desenlace que deseaba el pontífice, y las divisiones y los enfrentamientos perduraron. Sin embargo, su doctrina cada día más clara sobre la accidentalidad de las formas, su talante posibilista, que enterró a la larga otros talentos intransigentes, su apuesta decidida por la acción de los católicos, que desembocará en la Acción Católica y en otras iniciativas semejantes, abrió la Iglesia a la realidad social que marcará el nuevo siglo XX.

Al final de su prolongada vida la dirección del gobierno pontificio perdió algunas de las características anteriores. La *Graves de communi* (1901) intentó recomponer las divisiones existentes en el interior del asociacionismo católico italiano entre intransigentes y aperturistas. Para conseguirlo, sacrificó la naturaleza política de la Democracia Cristiana. No se consiguió la unión, pero comenzaron a oscurecerse algunos de los valores de apertura, diálogo y tolerancia que habían marcado los años anteriores.

Juan María Laboa
Pontificia Universidad de Comillas
Departamento de Historia de la Iglesia
28049 Canto Blanco (Madrid)
jmlaboa@teo.upco.es